

## 21 DE MAYO\*

Raúl López Silva  
Vicealmirante

**L**a patria es todo, pero ante todo, es sentimiento. Un poeta nuestro dijo que era un error imaginar la patria y, más que eso, sentirla como la madre común. El amor filial reclama amparo, protección, reclama guía : es un amor que pide, que en ocasiones, sin ni siquiera dar, sólo recibe: es un amor que espera.

En cambio, si soñamos a la Patria como a la dulce hija a la cual debemos cuidar en su pureza, asegurar en su presente y velar por su futuro, la tarea cotidiana se nos hace liviana y trascendente. El amor paternal es un amor que entrega sin esperar retribución, y es por ello la expresión más pura de este sentimiento.

Así deben haber sentido a Chile esos hombres que hoy recordamos : los que en Iquique entregaron su sangre al mar y los que

en Punta Gruesa la ofrecieron generosos para que Chile viviera su presente con honor, y su futuro con grandeza. Y pudiésemos, gracias a ellos, recordar hoy, con limpio orgullo, que somos hijos de una nación invicta, jamás invadida o profanada. Y que en nuestras naves la estrella ha estado siempre sobre los mástiles.

El sentimiento de Patria se plasmó en Iquique : allí, definitivamente, el sentimiento de nacionalidad se adueñó del espíritu del chileno, y el ejemplo moral de estos héroes fue así eslabón principal del esfuerzo consiguiente de la guerra y de la victoria final.

Gran parte de la humanidad vive hoy un período desconcertante. En la historia del hombre hay un eclipse de fe y muchos pueblos no aciertan a encontrar los caminos —que los conduzcan con dignidad— a la obtención de mejores destinos.

---

\* Alocución pronunciada por el Sr. Comandante en Jefe de la I.a Zona Naval e Intendente de la V Región, Vicealmirante don Raúl LOPEZ Silva, en la ceremonia de conmemoración del centésimo primer aniversario del Combate Naval de Iquique, celebrada en Valparaíso el 21 de Mayo de 1980, con asistencia de S.E. el Presidente de la República y los miembros de la Honorable Junta de Gobierno.

Como lo advertía Rubén Darío en sus magníficas letanías : "esos pueblos están sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote, sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios". Han perdido su fe. Pero en nuestra patria, la fe que el hombre necesita para vivir la ha encontrado abundante y la encontrará siempre en los hechos heroicos que iluminan su historia.

Debemos, pues, a nuestros héroes de Iquique una constante visión de gloria, la confianza absoluta en nuestra capacidad de grandeza y una inquebrantable voluntad de ser. Esto nos ha permitido avanzar por la historia y por el progreso —aunque, como lo anunciara don Pedro de Valdivia, cada paso nos ha costado— : "cien gotas de sangre y doscientas de sudor". Así hemos emergido exitosos, mediante el sacrificio y la pujanza de todos los chilenos —y lo hemos hecho solos— venciendo siempre la adversidad, porque hemos recibido como legado la consigna que los intereses de la patria están por encima de toda otra consideración.

Chile ha sido una nación predestinada por la divina providencia para gestar seres de excepción. Estos, invariablemente, han surgido como conductores de sus esperanzas, en los momentos en que las circunstancias le han impuesto rudas pruebas de rigor a su voluntad indomable de persistir y proyectarse. Uno de esos seres singulares fue Prat, a quien una voz misteriosa parece haberle revelado que su destino era cual el de un meteoro : quemar su cuerpo para alumbrar desde ese instante con su luz el camino de la victoria.

Sí, Prat fue héroe antes de Iquique, héroe de la serenidad, de la palabra formadora, de la preparación cuidadosa, del estudio abnegado; héroe, en fin, en el difícil heroísmo de la rectitud intransable en los hechos de todos los días.

Prat fue héroe en la acción, porque antes, mucho antes, había sido héroe de los principios y de los conceptos morales en su formulación más pura. Fue varón ejemplar, caballero sin miedo y sin tacha, digno, culto y sereno. Tenía la estatura espiritual e intelectual para desprenderse de su condición moral y convertirse en el héroe que impulsó a un pueblo, hasta ese momento emocionalmente adormecido.

Fue a su vez ese pueblo, en una manifestación espontánea de un sentimiento colectivo, el que hizo de Prat, por sobre todos, el héroe total de los chilenos de mente fría, de los chilenos de ardiente y generoso corazón.

La estirpe de una raza forjada en la dureza empujó a su dotación a seguir con naturalidad la heroica senda señalada por su líder. Su arenga se hizo carne y se hizo espíritu en sus hombres. Junto a Prat, en su abordaje intrépido, se inmola Aldea, simbolizando con su muerte la lealtad que no vacila en sacrificios. Y como expresión juvenil del deber, forma la trinidad del heroísmo en la cubierta del adversario la ofrenda que de su vida hace el grumete Canave. Serrano y doce marineros emulan, indómitos, el salto a la inmortalidad.

Uribe, ahora al mando, no cede en fiera lucha. Junto al timón, aferrados a la caña de gobierno, entregan su sangre jóvenes grumetes. Con el clarín en la boca, llamando al combate, larga amarras de esta vida el cabo Crispín Reyes, y batiendo furiosamente su tambor también lo hace Cabrales.

Capitanes de alto y maestros de señales, cocineros y calafates, mayordomos y patrones de botes, fagoneros y soldados de la guarnición, la dotación toda, los "muchachos", en el cálido vocativo de Prat, mueren luchando en la tienda desigal.

Han muerto 141 hombres de los 190 que componían su dotación. Bajo cubierta, junto a las parchadas calderas y a la inútil maquinaria, han ofrendado sus vidas los ingenieros Eduardo Hyatt, Mutilla, Manterola, Gutiérrez de la Fuente.

Después de cuatro horas de lucha, cuando el sol alcanza su altura meridiana, la "Esmeralda" se hunde mientras Riquelme dispara sus últimas salvas a la historia. La Bandera no se había arriado ante el enemigo y junto a la enseña de combate se había izado otra : la enseña de la gloria, claveteada firmemente en el mástil del mayor.

Y a unas escasas millas más al sur, en Punta Gruesa, Condell, con acabada pericia marinera, con perfecto conocimiento de las aguas que surcaba, con su frío coraje y su encendido brío, seguido eficazmente por su entusiasta dotación, logra la más espectacular de las victorias. La "Covadonga", frágil barquichuelo de

vetusta carcaza, derrota al potente blindado de acero, aniquilando en mortal trampa la mitad del poderío naval del enemigo.

En un mismo mar, en un mismo día, la consigna ineludible de los mandos chilenos, de triunfar o morir, cabalmente se ha cumplido. Victorioso uno, muerto en gloria el otro, ¡honor a ellos en esta hora de evocación! Que sus espíritus reciban el amor y el respeto de un pueblo agradecido y orgulloso de su clara estirpe marinera.

¡Gloria y Victoria!

El 21 de Mayo fue la levadura heroica que inflamó el corazón generoso del chileno, fue el crisol en que se fundieron los más nobles sentimientos ciudadanos.

El roto y el pije, dos torpes vocablos en su sentido peyorativo, ya no tuvieron sentido. El roto supo admirar la abnegación y capacidad de sacrificio de los jóvenes que, habiendo nacido en cuna cómoda, soportaban estoica y alegremente las severas limitaciones de la vida en campaña. El pije, a su vez, sintió orgullo del coraje, la nobleza y la tenaz capacidad de lucha que siempre ha tenido nuestro hombre de pueblo. Un espíritu fraterno borró sus diferencias.

Desde ese instante las castas se hermanaron, se borrarón los prejuicios. Y buscando emular —en la conquista de la gloria y la victoria— la conducta heroica de los bravos de Iquique y Punta Gruesa, juntos lucharon, roto y pije, corvo en mano y arma al brazo. Juntos bebieron las aguas salobres del desierto alucinante, juntos también escalaron el morro inexpugnable, vencieron en Angamos, Chorrillos y Miraflores, y unidos codo a codo entraron en la Lima Virreinal y se inmolaron impávidos allá en La Concepción.

La voluntad de un pueblo de luchar hasta la muerte, nacida en aguas de Iquique, había entregado sus frutos y asegurado la victoria. Señoras y Señores :

Hoy ingresamos a la nueva centuria de esta conmemoración venerada por la Patria toda. Aún golpea nuestra emoción el recuerdo

del centenario recién vivido, con unción, con orgullo y con esperanzas por la actual generación de chilenos.

El tiempo sigue su marcha inexorable, haciendo madurar y engrandecer a nuestra nación sobria, altiva, estoica y soberana, a la luz de estos nobles rasgos que la caracterizan dentro de la humanidad, en medio del angustioso desconcierto que hoy aqueja a la civilización.

En este altar, en que la sublime presencia material de los despojos heroicos nos dan testimonio de hidalgo pasado, renovemos la promesa de fe en un futuro de grandeza, basado en la mantención inmaculada de todos los ideales por los cuales nuestros héroes se inmolaron.

Una vez más proclamemos al mundo la lección de heroísmo, de triunfo y de gloria hecha vocación del más puro amor patrio en una nación que, hoy como ayer confía en que lleva, en las virtudes y en los brazos de su pueblo, la potestad que la tutela y que la escuda como garantía suprema de su dignidad y de su proyección ascendente hacia la historia.

Capitán Prat : tu grandeza es nuestra herencia y nuestro compromiso, que asumimos tal como tus compañeros de gloria, que aun después de saberte inmolido continuaron, sin temores ni desmayos, la ejecutoria de tu ejemplo imperecedero.

Hoy, todos nosotros, de pie ante el futuro, seguimos serenos y confiados, convencidos que la bendición de la paz genera progreso y desarrollo, pero iluminados por el destello de tu espada estamos vigilantes y dispuestos a revivir la esencia vital de tu conducta, siempre vigente en el alma de Chile, si el honor nacional así lo exige.

Así, y sólo así, tu sacrificio de gloria y de victoria tendrá el sentido que desde la inmortalidad nos señala, como ayer, hoy y por siempre, tu ejemplo sublime, fecundo y generoso.

He dicho.

